

de su *Historia*. El buen gusto, el talento y la espléndida documentación de que dispone el señor Vicuña aseguran a su libro una vida espléndida.

De esta manera se habrá coronado con una obra solidísima, esperada anhelosamente por todos, una carrera literaria que cuenta ya cuarenta años y que, a pesar de desmayos transitorios, promete todavía páginas de privilegiado interés a todos los chilenos.—*R. Silva Castro.*

## CUESTIONES SOCIALES

TEMPESTAD EN LOS ANDES, por *Luis E. Valcárcel.*

El libro *Tempestad en los Andes* (1) del escritor peruano Luis E. Valcárcel, intenta una reivindicación del *indigenismo*, vasto problema de raza en la tierra de Manco Capac. La raza quechua renace en las páginas combativas de este libro que tiene entonaciones proféticas e inquietudes de artista. Porque Valcárcel espera, tiene fe profunda en la próxima aurora indígena. La sierra está llena de Espartacos, apunta en el prólogo José Carlos Mariátegui, el hondo ensayista peruano; sólo que no concede gran valor a la reivindicación como problema filosófico o cultural, sino cuando, convertido en realidad tangible, asuma

el carácter de problema económico o político. Es decir, un carácter de realidad social.

El indio se resigna, se inmoviliza en la actitud pétrea de las ruinas. Vive sometido, esclavizado, confinado en las agrias gargantas andinas o en los valles inaccesibles de la sierra. Sueña o vuelve su corazón a los lejanos días del señorío. La nostalgia del dominio sobre las tierras por las cuales vagaba libremente, está viva, aunque oculta en lo subterráneo de su conciencia aparentemente en letargia. El *gamonal*, entre tanto, lo ha acorralado. Para el gamonal el indio es una bestia. Y este fenómeno del feudalismo, en pleno corazón del continente, no es una vana palabra, sino una realidad dura y aplastante. El *gamonalismo* se interna en la sierra, tiene ramificaciones, recias y apretadas, que parten desde la costa, la región del blanco o del mestizo, y van a infundir la desesperanza en los propios esclavos, puesto que convierte al indio alfabetizado en explotador de sus propios hermanos. El *gamonalismo* comprende que en esta humillación reside gran parte de su fuerza y se obstina en ahondar las divergencias.

Pero el indio no se abate. Hay una fuerza centenaria de repulsión y de rencor contra el blanco, que arranca de lo más oscuro e inextricable de su naturaleza indómita. El blanco pudo vencerlo, pero no impidió que bajo la resignación inmóvil y petrificada ardieran las llamas del odio. El rostro del indio es mudo, hermético, impenetrable, siniestro. Revela milenios libres, amplias y turbadoras nostalgias, inmensas zo-

---

(1) *Tempestad en los Andes*. Editorial Minerva, Lima.

nas de poderío y libertad. Por eso se recoge en la tradición y espera.

Valcárcel, en su dura admonición al occidental, reivindica para el indio puro todas las virtudes fecundas de raza.

El indio—dice—es el único trabajador en el Perú, desde hace diez mil años. Levantó con sus manos la fortaleza gigantesca de Sajsawaman, la ciudad sagrada del Sol, los templos y los palacios incaicos, los grandes caminos continentales, la canalización de los ríos, la captación de las aguas, los colosales acueductos, las terrazas innúmeras, las subterráneas galerías, las urbes coloniales con sus moles catedralicias y sus conventos de graníticos claustros, los puentes, las fábricas, los ferrocarriles, las obras portuarias, las instalaciones infernales de las minas profundas y multimillonarias. El indio lo hizo todo mientras holgaba el mestizo y el blanco entregábase a los placeres....

.....  
La raza madre en los Andes supervive. Siguen alimentándola como nodriza gigantesca. Apagado el lumínar de *tawantisuyo*, brillan aún sus resplandores en el despojo humano, como brillan los últimos rayos del sol en las altas cumbres. En la meseta andina, en la sierra del Perú, no ha muerto la gran cultura aborígen.

Valcárcel niega importancia a la civilización de los occidentales, porque para él el Perú esencial, el Perú invariable, no fué nunca sino indio. De un extremo a otro del territorio, el mapa está erizado de circunstancias netamente indígenas. En las montañas, en los ríos, en los valles, en los poblados, las huellas de la raza imponen la admiración.

Carecen de valor, para este espí-

ritu ardiente y cultísimo, las energías del blanco conquistador y sus esfuerzos de penetración. La raza subsiste idéntica a sí misma. El atavío exterior no modifica su alma ni cambia su ser. Aunque el indio vista como un occidental o piense como un europeo, el espíritu no se deshace. La raza no muere. Desaparece la cultura; el árbol étnico enmaraña su ramaje en el bosque espeso de otras culturas exóticas, pero las raíces tejen y anudan en lo más hondo de la tradición milenaria, sus irrompibles ligaduras. La raza *keswa* fué cultura *titikaka* y después ciclo *inca*. Sus formas desaparecieron; pero el *keswa* está siempre por encima de las catástrofes. Después del primer imperio, los andinos cayeron en el *felahismo*. Luego surgió el *incario*, cuya duración alcanzó quinientos años hasta el instante de la aparición devastadora de Pizarro.

Sólo que es difícil, tal vez imposible, fijar en las mentalidades de hoy los términos del problema racial tal como quiere Valcárcel: reivindicación y resurgimiento del indio, como raza total y dominadora. Por más que el Perú sólo tenga una cifra de 3 o más millones de indios, el problema no adquiere, por eso, relieve de solución. El blanco es tenaz y disolvente y el mestizaje mismo una barrera cada vez más cerrada para la aspiración indígena pura. La *costa* y la *sierra* representan en el Perú regiones en cierto modo antípodas y beligerantes. La costa imprime, si bien lentamente, su dura dominación. La costa es la posibilidad de todas las invasiones pacíficas y, por lo tanto, la penetración

económica en las regiones hostiles de la sierra. Las grandes masas inmigratorias que el gobierno peruano ha solicitado por intermedio de una *concesión yankee*, constituirán un avance más de la costa hacia el interior y la entrada del occidental rubio en los dominios tradicionales del *incario*.

El propio autor fija los términos del problema en un cuadro lleno de verdad y de vida:

En el período de la Conquista, las hazañas de los bravos aventureros se realizaban entre los riscos y los peñascales de las tierras altas; del Cuzco salían todas las expediciones, ya al Tucumán, ya a los desiertos de Atacama. Existieron dos coloniajes: el coloniaje de Lima, pleno de sibaritismos y refinamientos, con un acentuado perfume versallesco—la Perricholi su símbolo—y el coloniaje del Cuzco, austero hasta la adustez, varonil y laborioso. La colonia costera tiene su tradicionalista y la crónica cortesana de Ricardo Palma. La colonia serrana no está historiada. El peninsular absorbió el barroquismo *chimu-naska*: tras de las montañas fué americanizando virilmente el hijo de Castilla. En las sierras, lo indio se impone: a las orillas del mar lo español. Este *eterno femenino*, tiene sus mejores páginas en la historia republicana, desde los albores de la vida libre.

San Martín se adormeció en sus brazos con laxitud capuana, en tanto que Bolívar se vigorizaba en los fríos climas de los campos serraniegos. En el Cuzco el libertador se postró ante el solio de los Incas. En Lima el libertador era servido de rodillas. Lima fué dos veces violada por el invasor extranjero y su feminidad se exacerbó siempre, en su diplomacia versátil. Lima es extranjera, imitadora de los exotismos, europeizada, y el Cuzco, vernáculo,

nacionalista, castizo, con un rancio orgullo de legítima prosapia americana. La sierra es la nacionalidad.

El Perú vive fuera de sí, extraño a su ser íntimo y verdadero, porque la sierra está supeditada por la costa, uncida a Lima. Sólo de este modo se explica que haya República Unitaria Central, que predomine lo que no es autóctono, que gobierne y dicte las leyes una minoría extravagante sin ningún vínculo ni afinidad con el pueblo del Perú, con la raza que creó la cultura por el esfuerzo milenario.

Es decir, feminidad en la costa, masculinismo en la sierra. Estas diferencias fueron marcadas desde antiguo. En el interior los hombres sobrios con recio espíritu guerrero. En el litoral, los hombres viciosos, sensuales y muelles. Sólo que Valcárcel, en su noble ímpetu indigenista, olvida que en la costa se plasmó y está plasmándose una cultura de gran vuelo.

En la segunda parte del libro, *Detrás de las Montañas*, Valcárcel ha trazado cuadros vigorosos, llenos de color y de intensidad, manchas admirables de la vida rural en las que pasan las figuras de la mujer india y se condensan los trazos, secos y penetrantes, de los poblachos mestizos.

Hórrida quietud de los pueblos mestizos—escribe—. Por el plazón deambula con pies de plomo el sol del medio día. Se va después, por detrás de las tapias, de los galpones, de la iglesia a medio caer, del casecón destartado que está junto a ella; trepa el cerro y lo traspone, voltea las espaldas definitivamente y la espesa sombra sumerge al pueblo.

.....

Gusanos perdidos en las galerías subcutáneas de este cuerpo en descomposición que es el poblacho mestizo, los hombres asoman a ratos a la superficie; el sol los ahuyenta, tornan a sus madrigueras. ¿Qué hacen los trogloditas? Nada hacen. Son los parásitos, son la carcoma de este pudridero.

El señor del poblacho mestizo es el leguleyo, el *kelkere*. ¿Quién no caerá en sus sucias redes de arácnido de la ley? El indio toca a su puerta. El gamonal lo sienta a su mesa. El juez le estrecha la mano. Le sonríen el subprefecto y el cura.

Hórrida quietud de los pueblos mestizos, apenas interrumpida por los gritos inarticulados de los borrachos. La embriaguez alcohólica es la más alta institución de los pueblos mestizos. Iguales ante el alcohol, antes que iguales ante la ley.

Todos los poblachos mestizos presentan el mismo paisaje: miseria, ruina: las casas que no se derrumban de golpe, sino que, como atacadas de lepra, se desconchan, se deshacen lentamente, son el símbolo más fiel de esta vida enferma, miserable, de las agrupaciones de híbrido mestizaje.

Para la mujer andina, para la india, tiene Valcárcel acentos de honda ternura y comprensión. No hay sobre la tierra una mujer que posea tantas virtudes hogareñas y sociales. La sigue en sus jornadas de leguas, por los caminos y las sendas, por los villorios y los despoblados, con el huso en movimiento y llevando su crío a las espaldas. Es solícita, tierna, cuidadosa. En el mercado, en la tienda, en el empleo trabaja incansable y cuando el varón es perseguido, lo reemplaza en todas las tareas. Su visión de los *ayllus* es un canto:

Los *ayllus* respiran alegría. Los *ayllus* alientan belleza pura. Son

trozos de naturaleza viva. La aldehuela india se forma espontáneamente, crece y se desarrolla como los árboles del campo sin sujeción a plan, las casitas se agrupan como ovejas del rebaño; las callejas zigzaguean, no son tiradas a cordel, tan pronto trepan hacia el altozano como descienden al riacho. El humillo de los hogares, al amanecer, eleva sus columnitas al cielo.

Con el alba sale de los apriscos el ganado y el olor a boñiga fresca agrega un matiz al paisaje campero. Silba el pastorcillo. Ladra el perro custodio. En marcha. Por el desfilaro, la teoría mugiente y balante rumbo a los verdes ichales de la altura.

Describe los cuadros y las fiestas de los habitantes de los *ayllus*, en los días de trabajo, el ir y venir de las mozas solícitas, las ruedas en donde humean las ollas del almuerzo.

Los perros frente a sus amos, fija la mirada de sus ojos lacayos en las bocas que se hartan. Termina el banquete.

Otra vez el canto, otra vez el *rompe*; las mujeres a los hogares; el sol en el zenit. En la lejanía los *Apus*, solemnes, los *Aukis* menores, imperturbables *kamachikuij*, presidiendo la tarea de todos los días, paternalmente. Y luego las fiestas. La alegría del *kalcheo*, cuando todo el *ayllu*, desde el *machu* centenario, hasta el *wamacha* apenas en pie, deshojan las rubias, las blancas, las rojas mazorcas, cuando la *Marka* y el *tak'e* están henchidos para todo el año, cuando los ventrudos *rakis*, los *urpus* mayores, están ahitos de dulce *akja*. ¡Oh felicidad!... *Kenas* y *pinkuillus*, *antharas*, armonizan sus sonos orquestales y todo el *ayllu* entra en la danza, en la *Kashwa* magnífica y de todos los pechos rebosa el júbilo hecho canto. Gracias al Sol, gracias a la tierra, gracias a las cumbres y a los cerros y al río. La *T'inka*

solemne de la cosecha es el tedeum de los ayllus. Vivir y morir bajo el gran cielo de los Andes. Vivir al amor de su paisaje. Vivir la eterna juventud de los pueblos campesinos. Los ayllus son trozos de naturaleza viva.

El libro de Valcárcel es una larga y bella apología del indio, una viva evocación del pasado heroico y esplendoroso y una dura diatriba contra el blanco conquistador. Lo animan cuadros de vigoroso colorido. Un lenguaje rico y enérgico y hasta una ortografía original. La tesis ilusoria. El advenimiento del dominio incario, una bella aspiración, imposible de ser lograda en la conformación actual de las sociedades. El blanco penetra, lleva su riqueza, sus instrumentos técnicos de dominio, sus máquinas, sus industrias. Lleva por encima de todo su sangre, que promueve los mestizajes y agota, poco a poco, la primitiva energía del indio.—*Julián Sorel.*

REDESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, POR  
*Waldo Frank.*

Waldo Frank en su libro toma la actitud del filósofo (1). Es uno de esos americanos que buscan la «integración» en el hombre de su país y advierte con insistencia que no quiere que se confunda su crítica con la de un H. L. Mencken, exclusivamente destructiva. El detalle pintoresco, la sátira de la política e

instituciones yanquis se encuentran en las obras de Mencken, en los famosos *Prejudices* y en los artículos del *American Mercury*. A ellos remitimos a quienes sólo quieren captar, con cierta melancolía de impotentes, el lado podrido de la vida norteamericana. Sin negar la admirable verba de Mencken, su riqueza de informaciones, su irrespetuosidad (que nos haría falta en ambientes tan adormecidos como los de esta América del Sur), creemos que con libros como el de Frank nuestras relaciones espirituales con los Estados Unidos pueden fijarse con mayor diafanidad y comprensión. A pesar de que el libro de Frank es un libro para intelectuales y no son precisamente los intelectuales quienes, en esta hora de América, orientan la historia. También la América del Sur está regida por el «hombre práctico» en el sentido unilateral en que lo define Waldo Frank, y hasta en los países de mayor cultura democrática como la Argentina—notaba en días pasados en un jugoso artículo nuestro compañero Ricardo A. Latcham—, el estadista integral con visión del porvenir, responsabilidad racial y pasión civilizadora como lo fué Sarmiento, ha sido sustituido por el hombre que atiende sus propios negocios y se aísla en sus intereses provincianos.

El problema de nuestras relaciones con los Estados Unidos es acaso el problema más capital que deba afrontar la actual generación hispano-americana. El mundo es cada día más yanqui: no podemos romper la malla apretada de intereses económicos que nos liga a los Estados

(1) *Redescubrimiento de América.* Publicaciones de la *Revista de Occidente*, Madrid, 1929.